

las olas irritadas que arrojan al desgraciado lejos de su patria? ¡María, María! ¿cómo puedes aborrecerme á mí que no he cesado de amarte? En medio de la embriaguez, de los encantos del orgullo y de la vanidad, me acordaba siempre de esas horas deliciosas que he pasado á tus pies, en una obscuridad tan dichosa, bisonjeándonos con las perspectivas risueñas que el porvenir nos ofrecía! ¿Y por qué no habremos de realizar hoy tan dulces esperanzas? Porque un destino cruel ha parecido aniquilarlas ¿rehusarías gozar la felicidad de la vida? No, querida amiga, creeme: las mayores alegrías de este mundo jamás son puras; á menudo están emponzoñadas por nuestras pasiones ó por la suerte. ¿Por qué nos quejariamos de haber experimentado la suerte que á todos es común? ¿Por qué hacernos culpables desaprovechando esta ocasión dichosa de hacer olvidar lo pasado, de remediar nuestros males, de consolar á una familia llorosa, de recompensar la acción heroica de un generoso y digno hermano, y de asegurar para siempre nuestra felicidad propia? ¡Oh, vosotros, cuya amistad no he merecido, pero á quienes oso llamar amigos míos, puesto que lo sois de la virtud,

á cuya senda vuelvo, Guilberto, Buenks, unid vuestras súplicas á las mías! María (cae de rodillas), ¿ya no conoces mi voz? ¿Ya no comprendes el lenguaje de mi corazón? ¡María, María!

María.—¡Oh! ¡Clavijo!

Clavijo.—(Se levanta besando con ardor la mano de María).—Ella me perdona: ella me ama. Bien me lo había predicho mi corazón: me hubiera bastado echarme á sus pies, regarlos con las lágrimas de mi arrepentimiento, y en mi dolor mudo me hubieras entendido sin que yo hablara, así como he alcanzado tu perdón sin que lo haya pronunciado tu boca. Esta unión íntima, esta simpatía de nuestras almas no ha cesado aún: todavía se comprenden como en aquel tiempo en que sin el auxilio de la palabra ni del gesto, sabíamos comunicarnos uno á otro las más secretas emociones. ¡María! ¡María!

(Beaumarchais entra.)

Beaumarchais.—¡Ah!

Clavijo.—(Volando á su encuentro.)
¿Hermano mío?

Beaumarchais.—(A su hermana.) ¿Le has perdonado?

María.—(Pálida y temblorosa.) ¡Dejadme! ¡yo muero!

(La conducen á otra alcoba.)

Beaumarchais.—¿Le ha perdonado ella?

Buenks.—(Demostrando enojo.) Podría creerse así.

Beaumarchais.—No mereces tu dicha.

Clavijo.—Mi corazón está persuadido de ello.

Sofía.—(Volviendo.) María le perdona. Un torrente de lágrimas se ha desprendido de sus ojos.—“Que se aleje por un momento—dijo sollozando: que recobre yo mis sentidos.” “Le perdono—exclamó arrojándose en mis brazos.—¿Cómo sabe él que yo le amo todavía?”

Clavijo.—(Besando con transporte la mano de Sofía.) Soy el más feliz de los hombres. ¡Hermano mío!

Beaumarchais.—(Abrazándole.) ¡De todo corazón! Os confieso, sin embargo, que aun no puedo ser amigo vuestro, que no podré amaros todavía. Sed de la familia y olvidese todo. El documento que me habíais entregado, hélo aquí.

(Saca de su cartera un papel, lo rasga y lo entrega á Clavijo.)

Clavijo.—Soy vuestro para siempre; ¡sí, para siempre!

Sofía.—Os ruego que os ausentéis para que ella no oiga el metal de vues-

tra voz, y pueda calmar la turbación de sus sentidos.

Clavijo.—(Abrazando á todos.) ¡Adiós, adiós! ¡Abrazad mil veces á ese ángel! ¡Adiós!

La salud de María, siempre delicada, se había resentido con exceso, á causa del pesar que la produjo el proceder de Clavijo; y en el estado de debilidad en que se hallaba, cualquiera emoción fuerte influía en ella de una manera peligrosa: el germen de la disolución física estaba ya en sus entrañas, y al sentirse feliz de nuevo, saludaba su felicidad como el enfermo saluda al sol que le reanima en parte, á pesar de que conoce que su calor no basta ya á disipar el frío de la muerte. Con todo, morirá feliz, morirá amada de Clavijo, y esta idea endulzará su agonía.

Clavijo se ha reconciliado en parte con los espectadores. Es cierto que para volver al camino del deber, hubiera sido mucho mejor que no esperase la llegada de Beaumarchais, que pudiéramos decir le ha intimidado; pero ya los espectadores no fijan demasiado la atención en esto: para ellos, Clavijo desde la primera falta ha dejado de ser el protagonista: todo su interés, toda su atención se hallan con-

centrados en María: sea ésta feliz, y no importan los medios; sea feliz y queda satisfecho el auditorio.

Los que hayan, sin embargo, estudiado el carácter de Clavijo en el tiempo que llevamos de conocerle, tiemblan todavía por el corazón de la pobre francesa: quizá le están reservados nuevos golpes. A pesar de esa energía aparente á que no sólo la ambición presta sus fuerzas facticias, la debilidad es la base del carácter de Clavijo y la debilidad en un hombre es el mayor, el mayor y más funesto defecto. Así pues, vemos que al salir de la casa de Guilberto, se encamina á la suya propia y encuentra allí á su amigo Carlos, quien con sus consejos á un mismo tiempo le eleva y le degrada; quien está predestinado á causar su ruina; quien es en este drama la personificación del genio del mal. No perdona en tal entrevista medio alguno para obligar á Clavijo á quebrantar su palabra: va le representa á los elegantes de Madrid, atribuyendo su casamiento al temor que le inspiraba la actitud severa de Beaumarchais: ya á las hermosas que habían fundado en él sus esperanzas, riéndose de buena gana al verle llevar del brazo á la pálida y delgada francesilla. Clavijo vacila, se tur-

ba. Carlos entonces le pregunta de qué habían servido todos los esfuerzos que había hecho para elevarse, los pasos que había dado ya en su gloriosa carrera, si al fin ligándose á una mujer vulgar por medio de un casamiento prematuro, renunciaba á todo é iba á cifrar su felicidad en una honrosa medianía y en los goces del hogar doméstico, á semejanza del común de los hombres. La turbación de Clavijo crece. Entonces Carlos le echa en cara su resolución, y le pinta por otra parte el engrandecimiento y la fortuna que le esperan, si se hace superior á aquel momento de debilidad y renuncia á la boda proyectada. "Reflexiona—le dice—que los hombres extraordinarios no lo son realmente, sino porque sus deberes se apartan del deber de los demás hombres. Piensa en que quien se halla encargado de vigilar sobre un gran todo, de gobernarlo y conservarlo, jamás puede echarse en cara á sí mismo el haber descuidado los accesorios, roto débiles lazos y sacrificado algunas partes en beneficio de la masa total. Así obra el Criador en la naturaleza, así los reyes obran en sus Estados; y ¿por qué no los imitaríamos para asemejarnos á ellos?"

Clavijo se da por vencido y condesciende en no efectuar su casamiento con María: falta elegir los medios de que se valdrá; pero la fecunda imaginación de Carlos es inagotable y va á proponerlos.

Dice á Clavijo que escriba á Beaumarchais, manifestándole redondamente que no quiere casarse con su hermana: que si quiere saber los motivos, tenga la bondad de hallarse en tal sitio, á tal hora, acompañado de algún padrino y provisto de las armas que elija.

Clavijo condesciende y va á hacerlo.

Pero ocurrele á Carlos que acaso sea mejor intentar una demanda contra Beaumarchais, acusarle, por ejemplo de haber llegado á Madrid de incógnito, héchose anunciar á Clavijo con un nombre supuesto, y haber, en compañía de un amigo, forzádole á firmar una declaración con objeto de hacerla pública.

Clavijo conviene en que sería mejor dar este paso.

Carlos advierte, sin embargo, que mientras dicho plan se realiza, Beaumarchais puede jugarles una mala pasada, y que convendría evitarla haciéndole aprehender.

Clavijo vacila, se resiste.

“¡Qué debilidad la tuya!—dice Carlos.—Si no le vamos á devorar, y por otra parte, esto no ha de ser para toda la vida. Puedes estar cierto de que al ver nuestro modo de obrar, tomará presto su partido. Bien lo preveo: su cólera facticia se aplaca, se vuelve á Francia, y aun te dará las gracias si quieres tener la generosidad de señalar una pensión á su hermana. Quizá éste haya sido el único objeto de su viaje.”

Clavijo condesciende con todo: Carlos es un demonio, Clavijo es un monstruo!

Las consecuencias de esto no son difíciles de preverse: Beaumarchais entra á su casa con semblante demudado: sus hermanas le interrogan: acaba de ir á buscar á Clavijo, y no le halla; Clavijo ha dejado á Madrid, y sus criados no saben cuándo volverá.

La respiración de María se hace más difícil: suplica á Sofía que haga llamar á un médico.

Un correo acaba de llegar de Aranjuez y trae una carta del embajador de Francia para Beaumarchais: en ella le dice que Clavijo ha entablado una demanda criminal contra él, acusándole de haberse introducido en su casa

bajo un nombre supuesto: de que le ha sorprendido en el lecho todavía: que poniéndole una pistola al pecho, le ha forzado á firmar una declaración ignominiosa, añadiendo el embajador que si Beaumarchais no deja inmediatamente á Madrid, se le va á encerrar en una prisión, de donde acaso nunca podrá salir.

María gime sentada en una silla: no puede absolutamente respirar.

El asombro, la cólera de Beaumarchais no conocen límites: ha sido burlado como un niño: ha visto desaparecer para siempre la felicidad de su hermana; prorrumpe en amargas quejas, en imprecaciones contra su destino; y se desespera de que no le será posible encontrar á Clavijo para despedazarle el corazón.

María apenas puede hablar, y aconseja á Beaumarchais que se ponga en salvo al momento.

Sofía ruega á sus amigos que se le lleven, pues va á hacer morir á su pobre hermana.

María exclama: "Me ahogo, me ahogo. ¡Clavijo!" y cae de la silla.

Entonces Beaumarchais se precipita á sus pies. Sofía, Guilberto, Buenks, la rodean y procuran por todos los medios posibles hacerla volver en sí.

María estaba muerta.

Y mientras acostada en el blanco ataúd, desgraciada niña, llama apacible y pura que ha extinguido el viento de las pasiones, te llevan al lugar del verdadero reposo al compás de la música fúnebre, ¿qué hace el traidor que ocasionó tu muerte? Presa de remordimientos horribles, corre en busca de su amigo Carlos, ignorando aún tu suerte: pasa por tu calle: la triste armonía de los instrumentos musicales le sorprende: ve un entierro: pregunta el nombre del muerto.

—Es María Beaumarchais—le responden.

Al momento, fuera de sí, se arroja sobre su ataúd, le descubre el rostro. —"¡María, María—exclama,—yo he causado tu muerte!" Al eco de esta voz aborrecida, Beaumarchais vuelve la vista: ha descubierto á Clavijo, vuela á su encuentro, le obliga á batirse, le hiere en el corazón: Clavijo, desangrándose, cae sobre el ataúd, se apodera de una de las manos de María, la pide perdón, se lo pide á Beaumarchais, á Sofía, á Buenks, á Guilberto: tú le perdonas por boca de Sofía: los demás también le perdonan: Carlos lle-

ga á contemplar su obra: ¡Clavijo muere!

Personas habrá que pongan acaso en duda la moralidad de este drama trazado por la pluma inimitable de Goethe. Yo, respetando la opinión de los que más saben, no puedo menos de hablar en él una lección terrible; una lección que nos dice bien claro que no se alcanza la verdadera grandeza, la gloria verdadera, sino caminando por el sendero de la honradez. Quizá esta representación del fin trágico de Clavijo está de más en la escena: quizá el ambicioso quedaba suficientemente castigado con la furia de sus remordimientos, con la muerte prematura de esta joven amorosa y bella; pero el autor ha querido que así como fueron materiales las consecuencias del crimen, fuese material también el castigo: ha querido, sin duda alguna, imprimir á su obra un sello más enérgico de justicia.

Agosto de 1853.

LA LIMOSNA.